

Biblioteca Rosaspape
Clásicos de siempre

Pedro Antonio de Alarcón

El sombrero de tres picos

Historia verdadera de un sucedido que anda en romances, escrita ahora tal y como pasó

Rosaspape.com

Edita:

Rosaspag e.com
Apartado de correos, 71
25.200 – Cervera (Lleida)
www.rosaspag e.com
MASTER@rosaspag e.com

Publica:

Bubok Publishing, S.L.
www.bubok.es

Coordinador de la colección:

Xavier Arumí Salavedra

Diseño y fotografía de las cubiertas:

Rosaspag e.com

Edición basada en la obra del mismo nombre y publicada en el año 1882 por
Imprenta Pérez Dubrull de Madrid.

El sombrero de tres picos
por Pedro Antonio de Alarcón

Índice

Pedro Antonio de Alarcón y su obra	5
I. De cuándo sucedió la cosa	9
II. De cómo vivía entonces la gente	11
III. Do ut des	13
IV. Una mujer vista por fuera	15
V. Un hombre visto por fuera y por dentro	19
VI. Habilidades de los dos cónyuges	21
VII. El fondo de la felicidad	23
VIII. El hombre del sombrero de tres picos	25
IX. ¡Arre, burra!	29
X. Desde la parra	31
XI. El bombardeo de Pamplona	35
XII. Diezmos y primicias	43
XIII. Le dijo el grajo al cuervo	47
XIV. Los consejos de Garduña	51
XV. Despedida en prosa	57
XVI. Un ave de mal agüero	63
XVII. Un alcalde de monterilla	65
XVIII. Donde se verá que el tío Lucas tenía el sueño muy ligero	69

I

De cuándo sucedió la cosa

Comenzaba este largo siglo, que ya va de vencida. No se sabe fijamente el año: sólo consta que era después del de 4 y antes del de 8.

Reinaba, pues, todavía en España don Carlos IV de Borbón; por la gracia de Dios, según las monedas, y por olvido o gracia especial de Bonaparte, según los boletines franceses. Los demás soberanos europeos descendientes de Luís XIV habían perdido ya la corona (y el Jefe de ellos la cabeza) en la deshecha borrasca que corría esta envejecida parte del mundo desde 1789.

Ni paraba aquí la singularidad de nuestra patria en aquellos tiempos. El Soldado de la Revolución, el hijo de un oscuro abogado corso, el vencedor en Rívoli, en las Pirámides, en Marengo y en otras cien batallas, acababa de ceñirse la corona de Carlo Magno y de transfigurar completamente la Europa, creando y suprimiendo naciones, borrando fronteras, inventando dinastías y haciendo mudar de forma, de nombre, de sitio, de costumbres y hasta de traje a los pueblos por donde pasaba en su corcel de guerra como un terremoto animado, o como el «Anticristo», que le llamaban las Potencias del Norte... Sin embargo, nuestros padres (Dios les tenga en su santa Gloria), lejos de odiarlo o de temerle, complacíanse aún en ponderar sus descomunales hazañas, como si se tratase del héroe de un libro de caballerías, o de cosas que sucedían en otro planeta, sin que ni por asomo recelasen que pensara nunca en venir por acá a intentar las atrocidades que había hecho en Francia, Italia, Alemania y en otros países. Una vez por semana (y dos a lo sumo) llegaba el correo de Madrid a la mayor parte de las poblaciones importantes de la Península, llevando algún número de la Gaceta (que tampoco era diaria), y por ella sabían las personas principales (suponiendo que la

Gaceta hablase del particular) si existía un estado más o menos allende el Pirineo, si se había reñido otra batalla en que peleasen seis u ocho reyes y emperadores, y si Napoleón se hallaba en Milán, en Bruselas o en Varsovia... Por lo demás, nuestros mayores seguían viviendo a la antigua española, sumamente despacio, apegados a sus rancias costumbres, en paz y en gracia de Dios, con su Inquisición y sus frailes, con su pintoresca desigualdad ante la ley, con sus privilegios, fueros y exenciones personales, con su carencia de toda libertad municipal o política, gobernados simultáneamente por insignes obispos y poderosos corregidores (cuyas respectivas potestades no era muy fácil deslindar, pues unos y otros se metían en lo temporal y en lo eterno), y pagando diezmos, primicias, alcabalas, subsidios, mandas y limosnas forzosas, rentas, rentillas, capitaciones, tercias reales, gabelas, frutos-civiles, y hasta cincuenta tributos más, cuya nomenclatura no viene a cuento ahora.

Y aquí termina todo lo que la presente historia tiene que ver con la militar y política de aquella época; pues nuestro único objeto, al referir lo que entonces sucedía en el mundo, ha sido venir a parar a que el año de que se trata (supongamos que el de 1805) imperaba todavía en España el antiguo régimen en todas las esferas de la vida pública y particular, como si, en medio de tantas novedades y trastornos, el Pirineo se hubiese convertido en otra Muralla de la China.